



MEMORIAS DE UN PRIMATE

La vida nada convencional
de un neurocientífico
entre babuinos

Capitán Swing®

ROBERT SAPOLSKY

Robert Sapolsky

Traducido por Josefina Ruiz

Capitán Swing 

Título original: *A Primate's Memoir: A Neuroscientist's Unconventional Life Among the Baboons* (2002)

© Del libro: Robert M. Sapolsky

© De la traducción: Josefina Ruiz Hernández

Edición en ebook: abril de 2016

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S.L.

Rafael Finat 58, 2ª - 28044 Madrid

Tlf: 630 022 531

www.capitanswinglibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-945311-4-9

© Diseño gráfico: Filo Estudio www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Laura Rivero

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico www.caurina.com

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Contenido

Portadilla

Créditos

Agradecimientos

Parte 1. La adolescencia: uno más de la manada

01. Los babuinos: las generaciones de Israel
02. Pinchos de cebra y una vida marcada por el delito
03. La venganza de los liberales
04. El integrista masai y mi debut como asistente social
05. El demonio de la Coca-Cola
06. Curso de cartografía para ancianos
07. Recuerdos sangrientos: las guerras de África Oriental

Parte 2. Transición a la vida adulta

01. Los babuinos: Saúl en el desierto
02. Samwelly contra los elefantes
03. El primer masai
04. Zoología y seguridad nacional: la fábula de la hiena
05. El golpe
06. La mujer que oía voces en el momento equivocado
07. Sudán

Parte 3. Fragilidad de la edad adulta

01. Los babuinos: los años de inestabilidad
02. El viejo Dedos Curvos y el rey de Nubia-Judea
03. Los pingüinos de Guyana
04. Cuando los babuinos se caían de los árboles
05. El anciano blanco
06. El ascensor
07. El montículo detrás del 7-eleven

Parte 4. La edad adulta

01. Los babuinos: Nick
02. El ataque
03. Hielo

04. Joseph
05. En el país de los ciegos el tuerto es rey
06. ¿Quién hizo qué?
07. Los últimos guerreros
08. La peste

Robert Sapolsky

(Estados Unidos, 1957)

Sapolsky es un reconocido científico y escritor estadounidense, actualmente profesor de Ciencias Biológicas y Neurología en la Universidad de Stanford, con estancias en varios departamentos como ciencias de la vida, neurología y neurocirugía. También es investigador asociado en el Museo Nacional de Kenia. Ha recibido numerosos premios, como la beca MacArthur, el Premio Presidencial de Jóvenes Investigadores de la Fundación Nacional de Ciencias, y el premio al Investigador Joven del Año.

Como neuroendocrinólogo, centró su área de investigación en los problemas de estrés y la degeneración neuronal, así como en las posibilidades de las estrategias de terapia génica para la protección de las neuronas sensibles a la enfermedad. Actualmente está trabajando en las técnicas de transferencia genética para fortalecer las neuronas contra los efectos discapacitantes de los glucocorticoides. Sapolsky visita Kenia cada año para estudiar una población de monos salvajes con el fin de identificar las fuentes de estrés en su entorno, y la relación entre personalidad y patrones de enfermedades ligadas al estrés en estos animales. Más específicamente, Sapolsky estudió los niveles de cortisol entre el macho alfa, la hembra y los subordinados, para determinar los distintos niveles de estrés.

Agradecimientos

La presente obra es una recopilación de historias basadas en los más de veinte años que pasé trabajando de forma intermitente en un parque nacional de África oriental. Se trata de historias reales, pero, como suele suceder en estos casos, al redactarlas me he tomado unas pequeñas libertades de carácter literario que quisiera describir a continuación. La historia de Wilson Kipkoi es cierta en su mayor parte; sin embargo, se han cambiado los nombres y algunos otros detalles para proteger el anonimato de los protagonistas. Lamentablemente, hasta el último detalle del terrible capítulo final es auténtico, aunque también he modificado unos cuantos nombres y algunos hechos dolorosos. He ampliado la cronología de los distintos capítulos en algunas partes y la he reducido en otras. En ciertos casos, he alterado el orden de las historias; en cambio, he relatado las vidas de los babuinos tal como sucedieron. Por último, hay personas y babuinos concretos que son una síntesis de varios miembros de sus respectivas especies. Mi objetivo era mantener constante el número de personajes que formaban parte de las diferentes historias: por ejemplo, dentro del elenco humano, es posible que un guarda forestal, un operador turístico o un determinado camarero de hotel sea un compendio de distintos individuos. En el caso de los babuinos, todos los personajes importantes existen en la realidad, y lo mismo puede decirse de los seres humanos que desempeñan un papel fundamental en la historia: Richard, Hudson, Laurence de las Hienas, (la difunta) Rhoda, Samwelly, Soirowa, Jim Else, Mbarak Suleman, Ross Tarara y, por supuesto, Lisa son, en su totalidad, personajes reales. En cuanto a mí, creo que no soy ningún híbrido, al menos que yo sepa.

Hay una serie de personas que me ayudaron a verificar los datos, bien leyendo una parte de este libro o bien, como en el caso de Soirowa, que no sabe leer, escuchando algunos capítulos para comprobar que los hechos se produjeron tal como ellas los recuerdan. En este sentido, deseo expresar mi agradecimiento a Jim Else, Laurence Frank, Richard Kones, Hudson Oyaró y Soirowa. También estoy muy agradecido a Colin Warner por haber comprobado algunos datos de carácter formal en la biblioteca, y a John McLaughlin, Anne Meyer, Miranda Ip y Mani Roy por haberme ayudado a corregir las pruebas del manuscrito.

Quiero dar las gracias a Dan Greenwood y a Carol Salem por haber compartido conmigo algunas anécdotas relacionadas con sus viajes por África oriental, y a Jonathan Cobb, Liz Ziemka y Patricia Gadsby por haber leído hace unos años lo que por entonces no era sino un mero borrador del libro y por haberme proporcionado unos consejos estilísticos de inestimable valor.

La financiación de la presente obra ha sido posible gracias a la colaboración de instituciones como el Club de Exploradores, la Fundación Harry Frank Guggenheim, la Fundación MacArthur y la Fundación Templeton, a los que no sólo agradezco su generosidad, sino también la extraordinaria flexibilidad que mostraron al hacerse cargo de las peculiares exigencias del trabajo de campo; lo menos que puedo hacer es darles las gracias por aceptar recibos y presupuestos en libros de cuentas empapados de agua y (literalmente) apolillados. Deseo mostrar mi agradecimiento al Instituto de Investigación de Primates y a los Museos Nacionales de Kenia por haberme dado la oportunidad de colaborar con ellos, y a la oficina del presidente de la República de Kenia, por haberme permitido investigar durante todos estos años. Dos colegas, Shirley Strum, de la Universidad de California en San Diego, y Jeanne Altmann, de la Universidad de Princeton, han abierto para mí sus campos de trabajo como parte del acuerdo de colaboración al que habíamos llegado; una experiencia por la que les estoy muy agradecido. Y quiero dar las gracias a una serie de personas que me enseñaron algunos aspectos de la técnica del trabajo de campo y me ayudaron a reunir datos durante las primeras sesiones del mismo: Davie Brooks, Denise Costich, Francis Onchiri y Reed Sutherland.

Doy gracias a mi agente, Katinka Matson, por su enorme apoyo y por la pericia que ha demostrado poseer al hacer realidad este libro, y a mi editora, Gillian Blake, y a su ayudante, Rachel Sussman, por haber tenido la extraordinaria gentileza de indicarme que el manuscrito presentaba una serie de deficiencias que cualquiera que no fuera un científico habría aprendido a solventar en un taller de escritura. Ha sido un placer trabajar con todas vosotras.

Y, finalmente, deseo dar las gracias a mi mujer, Lisa, el amor de mi vida, que ha tenido que escuchar muchas de estas historias ininidad de veces. Un apunte final: los expolios y saqueos del colonialismo en África son cosa del pasado. Sin embargo, con frecuencia Occidente sigue explotando el continente africano de maneras mucho más sutiles, incluso con las mejores intenciones. Llevo más de media vida vinculado a África

y siento un gran cariño, respeto y gratitud hacia aquella tierra y hacia los amigos que viven allí. Por mi parte, espero de todo corazón no haber adoptado sin darme cuenta una actitud explotadora en estos escritos. Es lo último que habría querido hacer.

PRIMERA PARTE

**LA ADOLESCENCIA:
UNO MÁS DE LA
MANADA**

01

Los babuinos: las generaciones de Israel

Me incorporé a la manada de babuinos a la edad de veintiún años. No tenía previsto convertirme en babuino de la sabana cuando fuera mayor; lo que quería era ser un gorila de la montaña. Siendo un niño en Nueva York, no hacía más que rogar y engatusar a mi madre para que me llevara al Museo de Historia Natural, donde me pasaba horas contemplando los dioramas africanos y soñando con vivir en uno de ellos. Por supuesto, ser una cebrá y atravesar las praderas a toda velocidad tenía su encanto, y algunas veces imaginaba que dejaba atrás el endomorfismo de mi niñez y me convertía en una jirafa. Durante un tiempo, me entusiasmó la utopía colectivista que subyacía en las arengas de mis viejos parientes comunistas y decidí que, cuando creciera, sería un insecto social. Una hormiga obrera, naturalmente. Cometí el error de confesar mis planes en una redacción escolar sobre mi futuro proyecto vital y la maestra se apresuró a escribirle a mi madre para expresarle su preocupación al respecto.

Sin embargo, cada vez que visitaba las salas del museo dedicadas a África, siempre volvía al diorama del gorila de montaña, que había despertado en mí algo atávico cuando lo había visto por primera vez. Mis abuelos habían muerto mucho antes de que yo naciera y me parecían tan lejanos e irreales que habría sido incapaz de identificarlos en una foto. Atrapado en el vacío creado por aquella ausencia, decidí que un ejemplar auténtico del enorme gorila macho de lomo plateado y aspecto protector que había en la vitrina sería un buen sustituto para aquellas figuras familiares. A partir de aquel momento empecé a pensar que vivir con un grupo de gorilas en las montañas de la selva africana era el mejor refugio imaginable.

Antes de cumplir los doce años escribía cartas a los primatólogos a los que admiraba y a los catorce ya leía manuales sobre el tema. Mientras estaba en el instituto, me las arreglé para conseguir diversos empleos en el laboratorio de primates de una facultad de medicina, y en última instancia me ofrecí para trabajar como voluntario en lo que para mí era la Meca de la especialidad: la sección de primatología del Museo de Historia Natural. Incluso obligué al director del departamento de lengua del instituto a buscarme un curso por entregas de swahili para prepararme para el trabajo de campo que pensaba realizar en África. Por último, fui a la universidad a estudiar bajo la dirección de un experto en primatología. Todo parecía ir viento en popa.

Sin embargo, en la universidad cambiaron algunos de mis intereses académicos y empecé a sentirme atraído por una serie de cuestiones científicas a las que no podía responder mediante la observación de los gorilas. Necesitaba estudiar una especie que viviera en el espacio abierto de las praderas y que tuviese una organización social distinta, una especie que no se encontrara en vías de extinción. Los babuinos de la sabana, que hasta entonces no habían despertado en mí el menor entusiasmo, se convirtieron en la opción más lógica. Hay momentos en la vida en los que uno tiene que ceder; todos los niños no pueden ser presidentes, estrellas del béisbol o gorilas de la montaña. Así que decidí unirme a la manada de babuinos.

Me incorporé a la manada durante el último año del reinado de Salomón. En aquella época había otros miembros destacados en el grupo como Lía, Débora, Aarón, Isaac, Noemí y Raquel. No tenía previsto dar a los babuinos nombres del Antiguo Testamento. Ocurrió sin más. Cuando un nuevo macho adulto abandonaba la manada en la que había crecido e ingresaba en otro grupo, el animal pasaba varias semanas dudando sobre si su estancia tendría un carácter permanente. Durante ese tiempo, yo también dudaba sobre la conveniencia de bautizarlo y en mis notas me refería a él como el Nuevo Adulto Transferido o N.A.T. o Nat, que se había convertido en Natanael cuando el animal decidía que quería quedarse para siempre. El nombre originario de Adán fue MAI, siglas correspondientes a macho adulto recién incorporado. Y la cría a la que llamaba SML para abreviar se transformaba para mí en Samuel. A aquellas alturas me di por vencido y empecé a repartir profetas, matriarcas y jueces a diestro y siniestro. De vez en cuando aún optaba por algún nombre puramente descriptivo: Gums (encías) o Limp (cojera). Y dado que, como científico, todavía estaba demasiado inseguro

para publicar artículos de carácter técnico en los que figurasen dichos apelativos, asigné un número a todos los animales. Pero el resto del tiempo disfrutaba poniéndoles nombres bíblicos.

Siempre me han gustado los nombres del Antiguo Testamento, pero como sabía que no sería capaz de castigar a un hijo mío llamándole Abdías o Ezequiel, me encantó poder hacerlo con los sesenta babuinos de la manada. Además, era evidente que aún me irritaba pensar en los años que había pasado acarreado libros de Time-Life sobre el tema de la evolución para enseñárselos a mis profesores de la escuela hebrea, que palidecían ante tamaño sacrilegio y me obligaban a guardarlos de inmediato; era una dulce venganza asignar los nombres de los patriarcas a un puñado de babuinos de las llanuras africanas. Y, con una cierta dosis de esa perversidad que sospecho que impulsa muchos de los actos de los primatólogos, esperaba con impaciencia el día en que pudiera anotar en mi cuaderno de campo que Nabucodonosor y Noemí estaban follando entre los arbustos. Quería estudiar las enfermedades relacionadas con el estrés y su influencia en el comportamiento. Sesenta años antes, un científico llamado Selye¹ había descubierto que las emociones pueden afectar a la salud, una tesis que los médicos de la corriente oficialista encontraron absurda: la gente se había acostumbrado a la idea de que los virus, las bacterias, los agentes cancerígenos y demás pudieran causar enfermedades, pero lo de las emociones era otro cantar. Selye había descubierto que cuando se sometía a un grupo de ratas a todo tipo de alteraciones de carácter puramente psicológico, los animales acababan enfermando. Les salían úlceras, sus sistemas inmunológicos se colapsaban, dejaban de reproducirse y les subía la presión sanguínea. En la actualidad sabemos exactamente lo que les ocurría: acababa de descubrirse la enfermedad provocada por el estrés. Selye demostró que una persona padecía estrés cuando su organismo se desequilibraba al sufrir alteraciones de tipo físico o emocional y que, si dicho estado se prolongaba demasiado, el individuo enfermaba.

Este último punto ha sido corroborado de forma incuestionable en repetidas ocasiones: el estrés es el responsable de muchos de los trastornos que padece el organismo y desde la época de Selye se han documentado numerosas enfermedades que pueden empeorar por culpa del mismo. Diabetes, atrofia muscular, presión sanguínea elevada, arteriosclerosis, dificultades del crecimiento, impotencia, amenorrea, depresión, descalcificación ósea. Todo lo habido y por haber. Mi trabajo de laboratorio consistía en estudiar si, además de provocar todas las afec-

ciones anteriores, el estrés es capaz de destruir un tipo concreto de células cerebrales.

Parecía un milagro que estuviéramos vivos, pero lo cierto es que lo estábamos. Decidí que, aparte de mi investigación de laboratorio sobre las neuronas, quería estudiar el lado positivo de la cuestión y averiguar por qué unas personas resisten mejor el estrés que otras, por qué algunos organismos y algunas psiques hacen frente a la tensión mejor que otros y si ello tiene algo que ver con la clase social a la que uno pertenece, con el hecho de tener una familia extensa, de salir por ahí con los amigos, de jugar con los hijos, de enfurruñarse cuando se está disgustado por algo o de encontrar a alguien con quien desahogarse. Decidí profundizar en todas aquellas cuestiones mediante el estudio de los babuinos salvajes.

Eran los animales perfectos para aquel tipo de investigación. Los babuinos viven en grandes grupos de compleja estructura social y los miembros del grupo que tenía previsto estudiar vivían como reyes. Gran ecosistema, el de Serengeti. En el territorio de Marlin Perkins hay hierba, árboles y animales en abundancia.² Los babuinos dedican unas cuatro horas diarias a alimentarse y apenas tienen predadores. En general, los babuinos disponen de unas seis horas diarias de luz solar para dedicarlas a mortificar a sus congéneres. En nuestra sociedad ocurre lo mismo: hay pocas personas que padezcan hipertensión por motivos físicos, a los humanos ya no nos preocupan las hambrunas ni las plagas de langosta ni el hecho de que puedan despedirnos por tener una bronca con el jefe en el aparcamiento al salir de la oficina. Nuestras condiciones de vida son lo bastante buenas para permitirnos el lujo de enfermar únicamente por culpa de alteraciones de tipo social o psicológico. Que era precisamente lo que les sucedía a aquellos babuinos.

Así pues, decidí estudiar el comportamiento de los babuinos en su propio ambiente y ver quién hacía qué y con quién: sus peleas, sus citas y amistades, sus alianzas y sus escarceos amorosos. Luego los inmovilizaría mediante unos dardos anestésicos y comprobaría cómo afectaba todo aquello a sus organismos: observaría su presión sanguínea, sus niveles de colesterol, el tiempo que tardaban sus heridas en cicatrizar y los valores que presentaban las hormonas relacionadas con el estrés. Quería saber qué relación había entre las diferencias conductuales y psicológicas de los animales y el funcionamiento de sus organismos. Finalmente, opté por estudiar únicamente a los machos. No quería anestesiar a las hembras embarazadas o que estuvieran amamantando a sus

crías, actividades a las que destinan la mayor parte de su tiempo. Por consiguiente, me instalé con los machos y decidí conocerlos a fondo.

Corría 1978. John Travolta era el ser humano vivo más importante, los trajes blancos se extendían por nuestro orgulloso país como un reguero de pólvora y era el último año de reinado de Salomón, un animal bondadoso, sabio y justo. En realidad, lo que acabo de decir es una tontería, pero por aquel entonces yo era un macho recién incorporado joven e impresionable. No obstante, se trataba de un babuino de aspecto bastante imponente. La pasión de los manuales de antropología por los babuinos de la sabana y su macho dominante, el macho alfa, databa ya de varios años. Según los libros, los babuinos eran primates de compleja estructura social que vivían en las praderas, se organizaban para buscar alimento y poseían un sistema jerárquico articulado en torno al macho alfa, que era el encargado de llevar a la manada hasta la comida, encabezar la búsqueda de alimentos, defender al grupo de los depredadores, mantener a raya a las hembras, cambiar las bombillas, arreglar el coche, etc. Los manuales estaban deseando decir, y a veces incluso lo hacían, que eran idénticos a nuestros antepasados humanos. Como es lógico, la mayor parte de las afirmaciones anteriores resultaron ser falsas. Las salidas en busca de alimento eran auténticas batallas campales. Por otra parte, el macho alfa no podía conducir a la manada hasta la comida en los momentos críticos, ya que era precisamente entonces cuando no sabía adónde ir. A diferencia de las hembras, que permanecían toda la vida en la misma manada, los machos se incorporaban a ella durante la adolescencia. Por lo tanto, eran las hembras de más edad las que se acordaban de que un determinado olivar se encontraba más allá de la cuarta colina. Cuando los depredadores atacaban, el macho alfa se metía de lleno en la pelea para defender a una cría. Pero sólo si estaba absolutamente seguro de que al que estaban a punto de zamparse era hijo suyo. De lo contrario, se encaramaba a lo más alto del árbol para observar el combate desde un lugar seguro. Para que luego hablen de Robert Ardrey y la antropología de los años sesenta.

Sin embargo, dentro del mundo reducido, limitado, egoísta, irreflexivo y mezquino de los babuinos macho, ser el macho alfa era algo fantástico. Puede que no fueras realmente el líder de la manada, pero podías aparearte más o menos con la mitad de las hembras, sentarte a la sombra cuando hacía calor y saborear la mejor comida sin apenas mover un dedo, con sólo quitársela a otro de la fiamblera. Y en todas